

cesas y llegó á desalentar al traidor Ramón Méndez, que con 5,000 hombres no pudo dominar á los pueblos insurgentes.

Pero si diré que no es verdad, como dice Bulnes, que todo el Estado se hallaba ocupado por los imperialistas menos Huetamo, y que no contaban los republicanos con un solo pueblo, ni con recursos, estando diezmados por el hambre y las enfermedades.

El Sr. Bulnes se inspiró en un informe que dirigió al Presidente Juárez el Coronel Vicente Riva Palacio.

Mala fué la fuente de información; Riva Palacio era un buen patriota, pero un elemento de discordia en aquella campaña, ambicionando siempre tener el mando en Jefe de las fuerzas republicanas en Michoacán.

He aquí por qué rompió con Régules, quitándole todos los elementos de guerra y obligándolo á retirarse á Huetamo; y disgustó á los Generales Arteaga y Salazar y siempre se quejaba de la dirección que se daba á la campaña.

Nutrido con esos datos y con los que leyó en un libro de Hans, un oficial de Méndez, el Sr. Bulnes no conoce la historia del Ejército del Centro.

No sabe, por lo mismo, que los pueblos de Michoacán, menos Maravatío, se levantaron contra la Intervención y el Imperio, y ministraron á la República su sangre, sus fortunas, su vida entera.

No sabe el Sr. Bulnes que Zitácuaro la heroica, jamás se sometió; asaltada por los franceses y los traidores; incendiada, asolada, esa ciudad siempre dió soldados al Ejército del Centro, y se empobreció, se aniquiló y fué el Cuartel General de los republicanos.

Tampoco sabe que Tacámbaro, Uruápan, Ario, Tancítaro y Pátzcuaro, fueron constantes abrigos de los guerrilleros y que en esos pueblos hubo ataques constantes y sangrientos, pereciendo en los Reyes dos compañías de zuavos.

Ni un día descansaron los liberales de combatir por la Patria.

Nicolás Romero, el formidable centauro que había sido el terror de los franceses y á quien éstos llamaban el *León de la Montaña*, fué sorprendido y capturado en Apatzingan, por de Potier el azotador, el Haynau francés, y conducido á México fué fusilado en Mixcalco.

Esa ejecución del valiente guerrillero que en Zitácuaro había hecho retroceder á la columna francesa de Clinchant, tuvo lugar en los primeros días de Febrero de 1865; y sin embargo no se pacificó Michoacán.

El Gral. Arteaga ocupó á Tacámbaro el 7 de Marzo y León Ugalde y Valdés hicieron prisionera á la guarnición imperialista de Zitácuaro.

El salvaje indio imperialista Ramón Méndez recobró á Zitácuaro, dejando allí un destacamento de ciento veinte belgas y cien traidores; pero volvieron los liberales, atacaron la ciudad y el destacamento la abandonó sufriendo graves pérdidas.

El Gral. Régules, burlando á de Potier, que lo perseguía con dos columnas, cayó el 11 de Abril de 1865, sobre Tacámbaro, adonde se encontraban cuatro compañías belgas y un escuadrón imperialista mexicano.

Atacó Régules la población y tras una resistencia de más de cuatro horas, la ocupó haciendo prisionera á toda la guarnición, con su jefe, el mayor Tydgadt que mortalmente herido había capitulado.

Y Régules respetó la vida de los doscientos diez prisioneros que había hecho, dando un ejemplo de civilización á los franceses que fusilaban ó ahorcaban á cuanto soldado mexicano lograban aprehender.

Por fin en Mayo, Bazaine, cansado de aquella lucha tan tenaz y sangrienta como inútil, retiró las fuerzas francesas de Michoacán, en momentos fatales para el Imperio, cuando los Generales Arteaga y Régules abrían de nuevo la campaña, (19 de Mayo) atacaban á Uruápan y lo tomaban, haciendo prisionero y fusilando al comandante militar y prefecto político General Lémus.

En los últimos meses de ese año sólo ocupaban los belgas y los imperialistas de Méndez, á Morelia, Pátzcuaro y Acámbaro.

Y hasta el 13 de Octubre de 1865 fué sorprendido Arteaga en Santa Ana Amatlán, por haber desertado la gran guardia que cubría el camino de Tancítaro.

Conducidos los prisioneros á Uruápan allí fueron fusilados por el asesino Méndez, el émulo de Márquez, Arteaga, Salazar, Díaz Paracho y Villagomez.

Mas no por eso cesó la lucha en Michoacán, al contrario, indignados aquellos pueblos, se levantaron nuevos combatientes, Régules aumentó sus fuerzas, y Riva Palacio, en sus rápidas expediciones, llegó á amenazar á Toluca.

Y si en Michoacán no había llegado al período agónico la defensa nacional, menos puede Bulnes hacer ese fatídico pronóstico de la campaña del Norte, cuya gloriosa historia ocuparía algunos tomos.

Tocaré brevemente una parte de la campaña de Sinaloa, y sólo porque allí se registra un hecho común, vulgar, sin importancia, pero que ha servido á Bulnes para levantar un ciclón de escándalo, insultando á uno de los héroes más conspicuos y más inmaculados de la segunda guerra de independencia, el General Ramón Corona.

Dice Bulnes:

"En Mayo de 1865, el General Ramón Corona, en el Sur de Sinaloa, se vió obligado á ordenar á sus más leales y sufridos jefes la defección, para evitar la completa ruina de sus fuerzas. Esta defección debía ser á reserva de que los sometidos al Imperio defecionasen después para volver á las filas republicanas.

"Tal orden es tan horrible como inmoral; pero la situación espantosa á que habían llegado las pocas fuerzas de Corona así lo exigían. Corona estaba firme, pero la miseria, la persecución y el desaliento lo rodeaban como una atmósfera asfixiante."

Nada habría que decir sobre la parte del capítulo que me ocupa en que se habla de la campaña de Sinaloa, si el Sr. Bulnes, en pos siempre de palabras huecas, vacías, sonoras y rimbombantes para hacerse bombo de escritor original, no calificara en esta vez la disposición del General Corona de horrible é inmoral.

¡Hablar Bulnes de inmoralidad política, cuando todos los planes políticos, diplomáticos y militares que formula en su obra y que dice que debió ejecutar Juárez, son profundamente indignos é inmorales!

Esos planes los he refutado ya; pero llega la vez de citar-

los de nuevo para reivindicar la memoria de un gran patriota, de un valiente, del primero que con su espada señaló una línea fronteriza, que no pudo atravesar la invasión francesa.

En la página 78 de su libro, dice Bulnes que el Sr. Juárez debió reconocer el vergonzoso tratado Mon-Almonte, salvando la dignidad con la superchería de llamarlo tratado Mon-Lafragua.

Y esto sí es indigno é inmoral; más aún, si el Sr. Juárez hubiera hecho ese escamoteo con la honra de la Nación, habría causado á ésta daños irreparables.

Catorce páginas de su libro, de la 85 á la 98, emplea Bulnes en probar que el Sr. Juárez debió comprar al Duque de Morny, con un millón y medio de pesos, para evitar la intervención.

Y para que este cohecho ó soborno fuese más sucio y degradante, propone Bulnes el agente intermediario más corrompido de la diplomacia.

En la página 98 dice Bulnes:

"Lo indicado era que Juárez, por medio de un agente hábil, se hubiera entendido con M. de Saligny para concluir el negocio Jecker *comprando* á Saligny ó á su superior (Morny) vendido á Jecker."

Todo eso sí es horriblemente inmoral, nauseabundo y vergonzoso.

Puede que sea tolerable en el terreno militar, como dice Bulnes, comprar al general enemigo ó á todas ó parte de sus tropas (textual), aunque dudo que haya un general que así venda al enemigo á sus soldados.

Estilo de Bulnes.

Todo un capítulo, el intitulado «LA FIRMEZA DE JUÁREZ COMIENZA,» ocupa Bulnes en desarrollar el plan que debió seguir el Sr. Juárez en la defensa nacional, consistente en simular la pacificación de México para que se fueran los franceses dejando consolidado el territorio.

Muchas indignidades contiene ese capítulo, que ya antes dejé *flordelisadas*, como la cesión á Napoleón III de Sonora, la fuga de Juárez á los Estados Unidos, llevándose algunos millones como un banquero quebrado, y el enganche de oficiales republicanos como soldados rasos en el ejército federal de la América del Norte.

Pero las recuerdo ahora para demostrar que ante tanta inmoralidad como propone Bulnes, no debió este Señor calificar de inmoral la orden que el General Corona dió á dos de sus jefes de que aparentaran someterse al imperio.

El ilustre General Corona adivinó algo del plan general de campaña que debía idear Bulnes treinta y nueve años después, *simular la pacificación*.

Allí no hubo defección horrible, inmoral, y todos esos trecebundos, vibrantes y estruendosos calificativos que para su uso particular almacena en su tintero el Sr. Bulnes.

No buscó en la ordenanza lo que significa defección, porque sé que en una guerra de guerrillas, en una lucha por la independencia no es posible someter á los combatientes á ley alguna militar.

Sólo sé que el General Guzmán y el comandante Gadea Fletes, al someterse por orden del General Corona, no defecionaban, porque se separaban de su Jefe por mandarlo éste, porque no iban á pelear al lado de los imperiales contra la República, sino á *simular la pacificación*, como quiere Bulnes, y á evitar con su presencia que sufrieran las depredaciones de los bandidos de Lozada los pueblos que tanto habían ayudado á la defensa nacional.

Y para terminar con esta materia, que no tiene gran importancia, inserto en seguida lo que sobre ella dice un historiador que no fué amigo del General Corona, el Lic. Eustaquio Buelna, en sus "*Apuntes para la historia de la guerra de intervención en Sinaloa*."

En la página 143 de dicha obra se lee lo siguiente:

" Corona vió que, por lo pronto, no era posible continuar la guerra en la parte que ocupaba del territorio de Sinaloa, donde las poblaciones estaban incendiadas, los campos talados y la tierra improductiva por falta de brazos; los ganados habían concluido; las caballerías estaban pereciendo por la fatiga y falta de forrajes; los soldados carecían de alimentos; las chozas de los campesinos no encerraban ni los alimentos necesarios para las mujeres y los niños; la estación misma, por ser la primavera, les era desfavorable; en suma, aquellas falanges de valientes no tenían más perspectiva que el fuego de las batallas y su probable aniquilamiento.

" Así es que Corona dejó instrucciones al General Perfecto Guzmán y al comandante Ignacio Gadea Fletes para que se sometieran *aparentemente* al enemigo, á fin de poder amparar á los pueblos, donde habían levantado las fuerzas de su mando de las tropelías que se intentaran contra ellos, pero procurando hallarse prontos á practicar el movimiento que se les ordenase por el General en jefe. "

He aquí presentado bajo su verdadera faz un acto sencillo, natural y verdaderamente táctico en tan difíciles circunstancias.

Pero Bulnes necesitaba exagerar hasta lo infinito, abultar hasta lo monstruoso las derrotas que sufrían los republicanos en 1865 y ocultar las ventajas obtenidas, para inculpar al Sr. Juárez, haciéndolo responsable de los desastres, é insultar á la vez á los mexicanos.

Para eterna mengua de Bulnes, copio en seguida uno de los últimos párrafos del mencionado capítulo, que dice:

« Las últimas fuerzas que organizó Juárez para que defendiesen á Chihuahua, huyeron antes del primer tiro, abandonando su artillería. Ese empeño de consumir vergüenza quitando á los pueblos el pan de la boca, el dinero de su gasto, el capital del trabajo, los hombres de su hogar; quitando á todos sus bienes, su libertad, su tranquilidad, para formar ejércitos que no habían de batirse sino huir, dispersarse, defecionarse, rendirse, traicionarse, es digno de censura más que de alabanza. Se deben llevar á los hombres al combate racionalmente, nunca para entregarlos al acero como *bestias de rastro*, ó para que deshonren *por su pánico* la virilidad de una gran población ó el prestigio de una gran causa. »

Este párrafo merece que lo firmen, únicamente, ó Gutiérrez Estrada, ó Almonte ó Bulnes.

Y toda la indignación de Bulnes contra el Sr. Juárez tiene por origen el que este ilustre patricio no se haya fugado á los Estados Unidos con el tesoro de la República, simulando la pacificación.

Desgraciadamente para el Sr. Bulnes, ni Juárez había organizado tropas para defender á Chihuahua, ni las pocas que allí había huyeron al primer tiro, porque no hubo tiros, ni Juárez quitó á los habitantes del Estado su libertad, el dinero

de su gasto, su tranquilidad y de la boca el pan, ese pan caliente que siempre preocupa á Bulnes más que la honra de la Patria, más que las glorias de la Nación que se complace en mancillar.

En esa obra de demolición del Sr. Bulnes es en la que se consume una enorme dosis de vergüenza.

El Sr. Bulnes no sabe cómo se realizó la invasión de Chihuahua por los franceses, los motivos que la determinaron y el ningún resultado que tuvo para el imperio.

Maximiliano, siempre iluso y visionario, creyó que desapareciendo Juárez del territorio ó disolviéndose su gobierno, los Estados Unidos del Norte reconocerían al imperio, é instó sin cesar al General en Jefe para que ocupara Chihuahua con tropas francesas.

Bazaine tuvo que ceder, pero resuelto á no llevar sus fuerzas más allá de Chihuahua ni á estacionarse en esta ciudad.

« Yo no quiero en manera alguna, decía Bazaine en una nota, que nuestras tropas pasen de una jornada de marcha; y á la vez que se deje en la creencia de que permaneceremos en esa provincia, luego que las tropas hayan descansado, el General Brincourt se pondrá en camino sobre Río Florido y después sobre Durango..... Hará reconocer el imperio, organizará las autoridades civiles y militares, *si hay los elementos suficientes y de buena voluntad, sin comprometer á los unos ó á los otros...* Así, entiéndase bien, la columna de Brincourt debe regresar quince ó veinte días á lo más después de su llegada, para volver á Durango..... Los sucesos que pueden surgir de un momento á otro en la frontera del Norte, no nos permiten tener tan desparramadas nuestras tropas. »

Brincourt se movió el 1º de Julio de 1865 con tres batallones, dos escuadrones de cazadores de Africa y cuatro secciones de artillería: el 8 atravesó con gran trabajo el río Nazas en el vado de Torreón, y hasta el 22 llegó á Allende, de donde envió un destacamento al Parral para proveerse de dinero.

El General Ruiz, que con alguna fuerza estaba en el Parral, se replegó á Santa Rosalía, continuando hacia Chihuahua, y el General Aguirre se separó de él con setecientos hombres rumbo al desierto.

En ese camino tuvo lugar el primer desastre de los mil hombres que llevaba Ruiz con algunas piezas de artillería.

Al llegar Ruiz á Santa Cruz, supo que el enemigo, con fuerzas muy superiores, estaba cerca; mas no pudo seguir adelante porque tenía enfrente el río de San Pedro, fuertemente crecido.

Como era segura su derrota, vista la enorme superioridad de la división francesa, Ruiz clavó sus cañones de grueso calibre y echó al agua su parque para que este material de guerra no cayera en poder del enemigo.

Después dividió sus fuerzas; el coronel Villagrán, con quinientos hombres y cuatro piezas de montaña, marchó por el Oeste penetrando en la Sierra.

Ruiz con el resto de la fuerza pasó á nado el San Pedro, siguiendo tranquilo su camino; cuando los franceses llegaron á las márgenes del río, allí hicieron alto detenidos por la creciente.

Puede estar seguro el Sr. Bulnes que allí no se tiró un solo tiro, porque los republicanos estaban muy lejos; y puede creer también que el Sr. Juárez nada tuvo que ver en aquellas operaciones ni ejerció influencia alguna sobre los aguaceros que entonces cayeron hinchando el volumen de los ríos.

La proximidad del enemigo obligó al Sr. Juárez á salir de Chihuahua el 5 de Agosto (1865) rumbo á Paso del Norte, acompañado de los Ministros de Relaciones y Gobernación, el de Justicia y Hacienda y el Oficial Mayor de Guerra y Marina.

Por haberse separado de este último Ministerio el General Negrete, lo desempeñaba interinamente el General graduado Anastasio Aranda.

Y hago esta anotación para desvanecer *eso de los triunviros* que ha dado en propalar un escritor de cartas sueltas.

El 9 de Agosto llegó Brincourt á Rosales recogiendo un poco de material abandonado por Ruiz, y el 15 entró á Chihuahua sin tirar un sólo tiro.

El General Ojinaga, que acababa de ser nombrado Gobernador, había abandonado la ciudad hacía dos días, llevando las fuerzas que la guarnecían, nada numerosas por cierto.

He aquí la verdad histórica que desconoce Bulnes; las pocas fuerzas republicanas de Chihuahua previendo, adivi-

nando el plan militar de Bulnes, no se presentaron en orden de batalla campal frente á los franceses.

El plan crítico que sirve de trama al libro de Bulnes, muy pronto se descubre por ser tan grosero.

Con pérfida malicia el Sr. Bulnes buscó y rebuscó en los documentos oficiales de aquella época, aquellos en los que sus autores, próximos á defeccionar, pintaban con los colores más sombríos lo insostenible de la situación para disculpar la deserción que iban á consumir.

Con esa suma de datos falsos presentaba Bulnes el cuadro que llama *período agónico* que no existió, como lo saben quienes han leído la historia de aquella lucha histórica y como no lo sabe Bulnes que se inspira en autores franceses.

Ese cuadro del *período agónico*, cuadro de *brocha gorda*, sirve al Sr. Bulnes para cargar al Sr. Juárez hechos que no fueron suyos, y á la vez para probar la bondad de su célebre plan de campaña, aquel en el que dice Bulnes que Juárez debió desertar de su puesto después de haber arrancado de las poblaciones que reconocían aun su gobierno á los hombres de su hogar, á las familias el dinero de su gasto, su tranquilidad y el pan caliente para reunir mucho dinero y llevarselo á los Estados Unidos.

El Sr. Bulnes no comprende que en ese plan de fuga no sólo se consumía, sino que se derramaba la vergüenza á torrentes, no quedando una sola gota con que proponer semejante mengua.

Concluido el cuadro del período agónico, por el *pintori d'hoteli*, ó pintor de ollita, pasa el Sr. Bulnes á formular la injuria más grave de cuantas contiene su libro contra el Sr. Juárez, acusándolo de haber comprometido la independencia del país, lo que no hizo Maximiliano.

CAPITULO III

EL COLMO DE LA INJURIA

Bulnes había preparado lentamente su emboscada; forjó un período agónico y supuso á Juárez desalentado y desesperado ya del triunfo de su bandera; le imputó entonces que recurría á medios reprobados para salvarse, y, en comprobación de tanta falsedad, apeló á los documentos que contiene la *Correspondencia de la Legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera*, por Don Matías Romero.

Recorrió carta por carta, nota por nota y, supongo yo que el Sr. Bulnes ha de haber encontrado, lleno de asombro, que no había en esa *Correspondencia* un sólo documento en el que no resaltaran la entereza de ánimo, la inquebrantable energía y el más puro patriotismo del Presidente Juárez, de sus Ministros, del Representante de la República en Washington y del personal del Gobierno y de la Legación.

Inmenso ha de haber sido el despecho del Sr. Bulnes al verse desarmado; quería asimilar al Sr. Juárez con Santa-Anna que vendió la Mesilla á los americanos; deseaba presentarlo menos patriota que Maximiliano que se negó á ceder la Sonora á Napoleón III: más no encontró un comprobante con que justificar ese cargo.

Pero el Sr. Bulnes es hábil y audaz, y maneja admirablemente bien dos cosas. el *sofisma* y las *tijeras*.

Quería acusar al Sr. Juárez de que, viéndose perdido en su período agónico, recurrió á "*remedios desesperados que comprometían la independencia del país, no comprometida por el Imperio de Maximiliano*" y buscando y rebuscando, dió al fin con una Nota dirigida por Don Matías Romero al Sr. Juárez, cuya nota se encuentra en la página 405 del tomo IV de la *Correspondencia de la Legación de Washington* (1864, documento núm. 288).

En esa nota se hablaba de algo relativo á cesión de territorio mexicano á los Estados Unidos con el fin de obtener el